

EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 9 de Marzo de 1883.

ECOS DE MADRID.

8 de Marzo de 1883.

Ni las privaciones, ni el rudo trabajo, ni la zozobra del mañana, ni el frío de la edad, bastan a sofocar en el ser humano la terrible pasión que hizo cénitre á Otlo.

De cuando en cuando, lo mismo en el salón lujoso que en la pobre bohemia ofrece la explosión de los celos cuadros aterradoros.

¿Quién había de pensar que un mísero albañil de cincuenta y cinco años, separado de su mujer legítima y viviendo con otra de cuarenta años, había de cometer un doble crimen instigado por los celos?

Era su amada de estado viuda y de profesión cigarrera. Sospechó que un empleado de la fábrica la hacía corte y que ella se dejaba querer. Vigiló y sus sospechas se confirmaron. ¿Qué días de angustia! La desesperación llegó al colmo al sorprenderla hablando con el rival afortunado. Pocas horas después escribió una carta al juez de guardia explicando lo que pensaba hacer, en seguida tomó una gran cantidad de estrigoina y así preparado pidió explicaciones á la infiel.

Al oír sus primeras palabras disparó sobre ella cuatro tiros de revólver, la vió caer y no satisfecho le dió una terrible puñalada en el cuello; más cruel que el moro de Venecia ató una cuerda al cuello de la infeliz y comenzó á estrangularla cuando llegaron dos guardias civiles.

Varios è infirirse una herida para acabar más pronto todo fué uno. —Ha pagado su culpa y yo a mia dijo cayendo exánime... ¡djenos ustudes en paz... además me he envenenado y no tardaré en morir.

¿Qué cuadro y que situación para un drama de los que se estilaban!

¿Quién lee las delicadas creaciones de los novelistas que saben escribir, cuando á todas horas y por pocos céntimos pueden proporcionarse lectura palpitante de horror, los que aun leen?

Este hijo condenado por el misterioso tribunal de la *Mano negra* á matar á su padre; esas mugeres guardando con la fé conyugal los secretos más terribles y prestando ayuda en los crímenes más espantosos...! Todo eso es espeluznante.

Pero tranquilicémonos... la reacción natural vendrá y dentro de poco volverán á leerse con delicia las *Aventuras de Robinson*, encantada de nuevo *La tuerca cenicienta* y consolarán las pácidas lecturas de las *Tardes de la Granja*.

Entre tanto hé aqui un dilio, hallado en medio de esas páginas sangrientas que nos ofrece el libro de la Justicia.

Antes de ayer se presentó ante un tribunal un hombre acusado de haber querido robar un cordero.

Nada más lejos de su ánimo... en una mañana de invierno había visto al animalito que simboliza la inocencia buscar restos de yerbas en un campo yermo.

Se condolió y comenzó á arrojarle pedacitos de pan.

¿Qué había de hacer el cordero sino acercarse á él con reconocimiento?

—Que te roban el animalito, dijo un amigo oficioso al dueño.

—¿Quién? preguntó éste.

—Aquí hombre viejo que le echa pan, añadió una buena muger nó ménos oficiosa.

Total: que ántes de ayer compareció ante la justicia el compisivo protector de animales. Sean ustedes generosos y den pan... á cordero ajeno.

Por fortuna los antecedentes del acusado, su pabra sincera y la defensa que de él hizo un joven abogado le alcanzaron la absolucion.

Pero la testigo, la que había contribuido á su detención fué la encargada del saínete.

¿Quién es Vd.? ¿Cómo se llama V.? ¿En qué se ocupa V.?

Todas estas preguntas de rúbrica la agobiaron.

Al salir de la Audiencia murmuraba:

—Vaya y qué preguntones que son los jueces... lo que es yo no vuelvo más aqui.

Pasemos de la egloga y del sainete á la comedia.

Un marido sospecha que su muger le es infiel. Inquirir y sabe que son ciertos los... temores que abriga. A fuerza de indagar averigua el parage de las citas fraudulentas.

Su conducta demuestra que no va al teatro. ¡Hilaria tantos ejemplos que siguió! Pero no, con la mayor tranquilidad del mundo, busca una pareja, cuenta á los guardias su situación, les suplica que le acompañen llega con ellos al sitio, llama y sorprende á los culpables.

—Que se vengan los dos á la prevención, dice uno de los guardias.

—Oh! no... esclama el marido... me sustituyo con el susto que les he dado.

Y después de decir á su muger.

—Supongo que en lo sucesivo no volverás á darme estos disgustos, se fué con ella á su plácido hogar.

En todo esto no hay mano negra, pero si manga ancha.

Una caja de fósforos ha costado á unos padres felices la pérdida de su felicidad.

El es un honrado operario: ella una excelente muger de su casa.

Jóvenes aun, cifraban un ventura en su hermoso niños de dos años.

El marido salió como de costumbre á su trabajo y se dejó olvidada junto á la cama en una silla, la fatal caja de fósforos.

Ella viendo que el niño estaba dormidito, bajó á la compra, y no tardó en volver un cuarto de hora.

El niño en tanto se despertó, vio en la silla la caja, la cogió, sacó unos cuantos fósforos y comenzó á comérselos.

Su madre le sorprendió en aquella operación.

Pidió auxilio, el niño fué llevado á la casa de socorro pero todo fué inútil... presa de terribles dolores sucumbió poco después.

Dos agentes de seguridad habían ideado un medio fácil de proporcionarse un sobresueldo y parecer generosos.

Con un celo inusitado detenían á los que cometían la mas leve falta; pero en el camino negociaban con el detenido y mediante una suma más ó ménos importante le dejaban en libertad.

Esta cucaña les ha durado poco.

La otra noche se presentó en una taberna del barrio de Chamberí un sargento de la guardia civil y dirigiéndose á un parroquiano que después de haber hecho una buena venta celebraba su fortuna, le rogó que le siguiera.

—Pues qué he hecho yo algo malo? preguntó.

—No lo sé... no hago más que cumplir una órden.

—Vamos donde V. quiera, que no me duelen prendas.

Los dos salieron y á poco se unió á ellos otro hombre.

De pronto caen el sargento y el intruso sobre el detenido y mientras el uno le sujeta el otro le saca del bolsillo el precio de la venta que acababa de hacer.

Se trataba de dos atrevidos cacos, uno de los cuales se había disfrazado con las insignias de la autoridad.

A un caballero que paseaba tranquilamente á las cinco de la tarde por los jardines del Campo del Moro le acometieron navaja en mano y le robaron cuanto llevaba. Pero en cambio un acomodador del Teatro Real encontró una cartera llena de billetes de Banco y después de buscar á su dueño y entregársela no quiso recibir remuneración alguna porque como él decía cumplir un deber no es acción remuneratoria.

Un hombre inteligente, laborioso, emprendedor, D. Vito Montero convidó el domingo último á varios pe-

riodistas para que presenciaran los ensayos de la calefacción por medio del vapor de agua que se propone introducir en Madrid.

El éxito fué en extremo lisonjero. Gracias á este procedimiento como el agua y la luz, podremos traer á nuestras casas el calor necesario á la vida, sin necesidad de chimeneas y braseros. Una temperatura á propósito para contrarrestar los rigores del frío costará próximamente por cada calefactor 37 céntimos al día. Suponiendo que se empleen 3 en cada casa apenas llega el coste á una peseta.

Mas se gasta en un par de braseros; y esto contando con que el tufo que producen no obligue á gastar cuádruple cantidad en médico y botica.

Para broma pesada la que dieron ayer a una pobre costurera. Salió temprano, dejó cerrado el modesto cuartito en que vivía y al volver encontró... un ataúd y cuatro velas encendidas.

La infeliz dió un grito y cayó desmayada al mismo tiempo que resonaban entrepitosas carcajadas en los cuartos vecinos.

JULIO NOMBELA.

La fiesta de San Valentín EN INGLATERRA.

—0—

La forma en que ahora se celebra en Inglaterra el día de San Valentín es completamente distinta de la que antaño se estilaba. Entónces era costumbre que los jóvenes y las doncellas eligiesen el día 14 de Febrero una novia ó un novio para el resto del año. La vispera de la fiesta se reunían unas cuantas personas, solteras y escribían en pedacitos de papel los nombres de un número igual de solteros y solteras, escogidos, por supuesto, entre sus relaciones y echando aquellas papeletas en unres ceptáculo cualquiera las sacaban á la suerte.

Cada cual sacaba una con el nombre de una persona del sexo opuesto al suyo, y esta era el *valentín* de la otra. No tiene nada de extraño que aquellos compromisos de broma se sellasen muchas veces ante el altar de Himeneo, resultando tanto más natural cuanto que la costumbre llevaba consigo que un soltero quedase al servicio de su *valentina* como los caballeros de la edad media estaban al de la *dama de sus pensamientos*. El cargo de *valentín* de una dama de la aristocracia no era en aquellos tiempos muy envidiable. El duque de York regaló á Miss-Stuart (después duquesa de Richmond), una vez que le tocó ser su *valentín*, una alhaja que valía 4 000 duros. Lord Mandeville regaló á la misma señorita, con igual motivo, una sortija de 4.500 duros.

No cabe duda que había mucha mas diversión en aquella manera de celebrar el día de San Valentín